

## Ríos de sal, de Ignacio de Alba

Armando Pereira

Por lo general, un primer libro de poesía, sobre todo cuando se trata del primer libro de un joven poeta, se mueve en un terreno pantanoso: o bien se abandona a una entrega inocente y descarnada o bien se estira en la más farragosa pedantería. *Ríos de sal* de Ignacio de Alba ha sabido evitar ese doble escollo. No se trata ni del fárrago de citas y espurios reconocimientos literarios ni tampoco de mostrarnos unos intestinos siempre a flor de piel. Aunque de una manera incipiente, y por momentos prime-riza, Ignacio de Alba conoce el oficio. Sabe que la poesía, para acceder a la subjetividad del otro, del lector que aguarda al otro lado de la página, debe ser ante todo imagen, debe propiciar un mínimo conocimiento del hombre y del mundo a través de la imagen. Y, en gran medida, este libro lo logra. No se trata, es cierto, de un conocimiento inédito o inaugural; tampoco lo pretende. Busca, más bien, aportar un gesto, un guiño, un acento, que de alguna manera profundice o aclare algo que ya conocíamos o vislumbrábamos.

Su cometido entonces es menor, pero no por ello menos loable. Más que intentar descubrir un universo nuevo o insospechado, su aspiración es mostrar una perspectiva, una vertiente, un aspecto no lo suficientemente denotado de algo que de una u otra forma hemos experimentado todos. Se podría decir que *Ríos de sal* nos ayuda a ver de otra manera lo ya visto. Y eso es algo que siempre habrá que agradecer a un poeta, sobre todo a un poeta que comienza.

Se trata de poemas breves que, más que condensar un cúmulo de metáforas complejas y entrecruzadas, intentan alcanzar una sola imagen. Son quizá como una ventana abierta para mirar un rostro, un cuerpo, a veces tan sólo una silueta que diluye sus contornos contra el fondo de un crepúsculo gris e incierto. Son poemas que hablan por su brevedad, pero hablan con fuerza.

Más que de una poesía de largo aliento, habría que hablar entonces de una poesía que crece y se consolida por su brevedad: imagen que condensa una visión, por momentos alucinada, de algo que está (o pudo estar) ahí, frente a nosotros, pero que al tratar de asirlo se difumina: como el humo, como el agua, como el viento: esas mate-

rias cuya huella, en nosotros, es tan sólo la huella de una ausencia.

Tal vez uno de los valores que habría que rescatar de este libro es el hecho de no proponernos nunca la visión de un universo acabado y perfecto. Ignacio de Alba prefiere —y compartimos enteramente esa preferencia con él— los contornos difusos, las sombras, las figuras apenas presentidas, las ausencias que rasgan la piel con una palabra inaudible. De esas ausencias —lo inasible, lo fugaz, lo etéreo—, que también

nos constituyen, es de lo que ha tratado de dar cuenta *Ríos de Sal*.

Es cierto que en sus poemas hay ecos de Rimbaud, Lautreamont o Vallejo, pero su resonancia por momentos se confunde con el Gorostiza de *Canciones para cantar en las barcas*. Sin embargo, habría que señalar también que ya, en este primer libro de poemas de Ignacio de Alba, se presiente una voz propia —unas veces dubitativa, vacilante, insegura; otras veces decidida, resuelta, enérgica—, pero que en todo momento busca incursionar, con sus propios recursos, por caminos nuevos e inexplorados. Es a esa búsqueda de una voz y un camino propios, que ya se presienten en los poemas de este libro, a lo que quisieran apostar estas notas. ♦

Ignacio de Alba, *Ríos de sal*, México, Ed. Praxis, 1992, 62 pp.

## Contrapunto a cuatro voces en los caminos del aire

Helena Beristáin

La lectura de esta antología se presta especialmente para dar pie a muchas reflexiones de diversa índole; sobre todo respecto al mensaje de los cuatro poetas, y en cuanto a la novedosa estructura del libro, al mucho trabajo que representa y a la intención de la editora, implícitos en el conjunto. Y digo editora, porque toma a su cargo todas las responsabilidades de un material publicado por la UNAM, ya que selecciona, traduce, redacta la introducción, organiza, investiga sobre el contexto contemporáneo de los autores, y agrega opiniones y dedicatorias recíprocas o de críticos, comentarios aclaratorios ajenos y propios, y notas que explican problemas específicos de cada texto. De todo lo cual resulta un trabajo muy original, que es verdaderamente un modelo de antología, y que propicia una lectura profunda y contextualmente interpretativa. Hay mucha imaginación, inventiva, sabiduría y generosidad (característica de una vigorosa vocación para la enseñanza) en este libro. Su innovadora urdimbre responde a una calculada intención que, aunque es explicitada por la autora, rebasa nuestras expectativas.

Los sabios son, entre otras cosas, grandes maestros. Si alguien sabe mucho y no lo enseña, no es realmente un sabio sino un erudito. Dos sabios indiscutibles han expre-

sado opiniones inolvidables para mí, con respecto al "ser" del maestro. El Rey Don Alfonso décimo en *Las siete partidas* dice que al maestro toca leer los libros:

Bien et lealmente deben los maestros mostrar sus saberes a los escolares leyéndoles los libros y faciéndogelos entender lo mejor que ellos pudieren.

Y Galdós, en su novela *El amigo manso*, dice: "No hay enseñanza sin la divina amistad".

Leer los libros es, sobre todo para el maestro universitario (después de hacer paladear al estudiante la deleitosa lectura impresionista), guiar la lectura analítica en el sentido de la interpretación contextual, entregando simultáneamente al alumno la herramienta necesaria para que él realice esa misma clase de lectura sin auxilio, para que enseñe a otros a leer.

Lectura es el nombre de una estratégica disciplina vital que conduce a acendrar la calidad del hombre, radicada en la historicidad del devenir humano. Tal calidad histórica proviene de que el hombre es el animal que posee conciencia y comprensión de la vida y la muerte; conciencia y comprensión cuyo perfeccionamiento es motivo suficiente para que vivir valga la pena de vivir.

Pues bien, en la estructura de esta antología está presente Tatiana Bubnova, precisamente representando el papel de generosa amiga lectora o, en otras palabras, de maestra.

Los cuatro poetas antologados fueron contemporáneos, se conocieron, y están vinculados por su personalidad libérrima, por su carácter disidente, por su talante subversivo y por el trágico destino que estas particularidades comunes les impusieron.

El comunismo, la utopía final, resumen de todas las utopías, es decir, el sueño de la razón que imagina el "lugar que no existe", aparentemente fue alcanzado en este siglo por algunas naciones; pero fue alcanzado (hasta ahora lo sabemos) como quien logra un suplicio, pues fue sufrido —que no vivido— por décadas, en sociedades donde su soñada realización tropezó con la realidad de una vigilia macabra.

Apenas ahora tenemos noticia de la tortura denunciada desde entonces por las más aquilatadas sensibilidades poéticas producto de la cultura rusa de esa etapa que, vista sólo desde fuera, producía una ilusión de verdad, mientras que experimentada desde dentro significaba ser desaparecido o ser marginado y sumergido dentro del pantano de la persecución; significaba el terror, la deportación, el presidio, el estrangulamiento de la queja desgarradora, la excomunión de la sociedad estalinista, la asunción del destino maldito del poeta acallado, puesto que su esencia está precisamente en su voz, condenada a enmudecer o a discurrir clandestinamente por escondrijos.

Lo que realmente ocurría a estos poetas se daba dentro de un gran silencio de la sociedad amenazada. Y es mucho todavía lo que se desconoce y paulatinamente se irá sabiendo. Por ello es mayormente necesario todo el trabajo (antes descrito) realizado por Tatiana Bubnova. Por eso la selección, la traducción, el estudio introductorio, las notas propias y las ajenas, son incorporados como el pertinente marco contextual que propicia la lectura en el sentido al que alude el Rey Don Alfonso. Y la agregación de estos datos complementarios está motivada por la "divina amistad", generadora de la actitud enseñante que orienta los afanes del maestro en el sentido de las necesidades del estudioso.

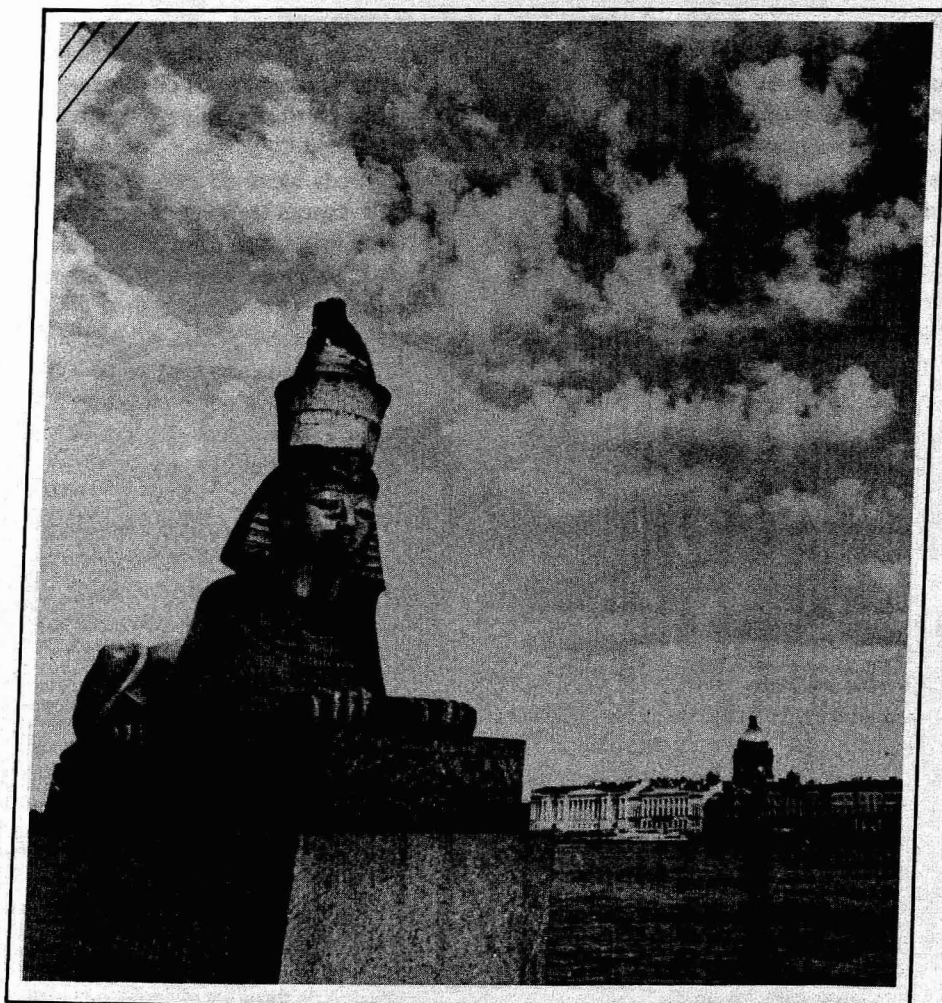
Así pues, cualquier persona puede afrontar este libro como experiencia estética sin más, o para descifrar, comprender, interpretar, llegar más allá de la letra, al caldo de cultivo cultural de donde procede, y a la meta, al blanco al que apuntaba la denuncia.

Porque nos pertrechan para luchar contra ese gran silencio, y ese gran desconocimiento de aquella realidad. Son parte significativa las referencias cruzadas entre los mismos cuatro poetas, y entre ellos y sus críticos contemporáneos.

El trabajo de investigación de T. Bubnova nos descubre lazos amorosos, de camaradería, de mutua lectura comentada: coincidencias de oficio o de perspectiva; rasgos convencionales (o anticonvencionales) que comparten algunos de los autores; dedicatorias y recíproco estímulo. Tales elementos constituyen una maraña de vinculaciones que nos sitúa todos esos datos en un horizonte que corresponde, en común, a los artífices del mismo momento de la misma cultura.

Pero, sobre todo, la autora nos descubre cómo los poetas comparten el mismo suplicio asignado por las supremas jerarquías de la burocracia a toda voluntad anticonformista y disidente, en aquel infierno social donde perecieron millones. Y este descubrimiento debería servirnos para reorientar la búsqueda (en la parte divina de los entresijos del alma humana) de la armonía y la justicia dadas en esta vida y en este planeta.

T. Bubnova nos procura, pues, en una nutrida y compacta introducción, mucho de lo que se precisa para comprender e interpretar los poemas, y hace explícitos sus motivos y su dadivosa intención, conforme acarrea los datos que son resultado de sus pesquisas: Por qué los elige a ellos y no a otros poetas. A qué corresponde su criterio de selección. Cómo realizó las traducciones. Y debido a qué, en sus explicaciones, reina ese criterio que delata su propio conocimiento. Como resultado, el lector se atreve a acechar el texto, expectante, aguzando la atención que ambiciona rescatar algo del aliento original, la cadencia, el fraseo musical que vehicula y enfatiza el mensaje. Por ejemplo en Ajmátova, en alguna singularidad sintáctico-semántica sospechosa de quiasmo y que de seguro no es casual: "Este siempre anda derecho, ...en círculo aquél camina..."; o de conduplicación: "Y el mundo entero ha sido su herencia - y él supo compartir con todo el mundo"; o en alguna onomatopeya: "Un poema, como repentino fragor, - irrumpe..."; o en la consecutividad enumerativa de oraciones breves que desfilan con su rotundo acabado entre la puntuación ceñida que subraya sus límites tajantes como los de una sentencia:



"En el entierro de una época - no se canta el fúnebre salmo.- Crecerán sobre su túmulo - abrojos, ortigas y cardos.- Los sepultureros trabajan - afanosos: les urge acabar"; y en el calculado efecto de desorden promiscuo dado por la enumeración caótica:

En la sombra morada descansan los traspacios, - las plataformas, las hojas, los leños, las nubes. - El silbo de locomotora, el crujir de una cáscara de sandía, - una tímida mano dentro de la cabritilla perfumada.

En otro caso, por ejemplo, en Osip Mandelstam, captamos cierta frecuentación de construcciones sintáctico-semánticas de igualdad relajada: "Hemos de morir en la diáfana Petrópolis, - aquí, donde gobierna Proserpina" ... "Nos toca morir en la diáfana Petrópolis, - donde tú ya no reinas, sino Proserpina"; o bien: "En las concordancias de un coro de doncellas - cada esbelta iglesia tiene su propia voz. - En los arcos pétreos de la catedral de la Dormición - reconozco unas altas y arqueadas cejas". Figuras, éstas, dispuestas a distancia y de modo asimétrico, por lo que contrasta la analogía semántico-sintáctica con la simultánea oposición distribucionalmente indistinta.

En cambio, en Mandelstam lo que mayormente impresiona es el sentido fincado en el material semántico, el estado de ánimo generado por una situación (en este caso escritural) como en el poema que habla del otro:

Tres veces bendito sea quien introduce en su canto un nombre. - El canto adornado de un nombre - vive más que los otros: - entre sus iguales será señalado con una cinta en la frente, - con una banda que cura la desmemoria, - que preserva de los olores demasiado fuertes y embriagantes, - sea olor a la intimidad de un hombre, - sea olor a pelaje de una bestia robusta, - sea simplemente olor a tomillo molido entre las palmas de las manos.

En este autor suele destacar la rara atmósfera de sus peculiares vivencias:

Jamás volveré a verte, - miope cielo de Armenia. - Ya no miraré, entornando los ojos, - hacia la tienda de campaña del monte Ararat, - en la biblioteca de los maestros alfareros - jamás volveré a abrir - el libro huevo de la hermosa tierra - en el cual estudiaron los primeros hombres.

Surgen en él percepciones *sui generis* de la naturaleza, suscitadas por movimientos rutinarios:

El aire puede ser oscuro como el agua, y todo lo viviente - nada en él como un pez, empujando con las aletas la esfera - densa, elástica, tibia; - es un cristal: en su interior giran las ruedas, se espantan los caballos, - se vuelve a labrar con horquillas, tridentes, palas, arados. - El aire está tan densamente amasado como la tierra: - no se puede salir de él, y es difícil entrar.

Asoman remembranzas donde la escena es rescatada con todos los sentidos:

Cuando yo era más joven, salía - con mi impermeable de hule - a los anchos paseos de bulevar, - allá donde andan gitanillas de falda larga, - y pasea un oso arrestado - en calidad de disidente eterno de la naturaleza misma. - Y olía, a más no poder, a lauroceraso.

Como siempre ocurre con la gran poesía, nos invaden impresiones peculiares que poseen, sin embargo, un estatuto de universalidad: "Ya salen de los saturados cines - las multitudes apáticas y venosas. - Parece que han sido cloroformadas - y necesitan con urgencia oxígeno"; y compartimos con Mandelstam una trágica experiencia de soledad:

...¿adónde habré de ir? - (...) ¿Será que me marean las puertas cerradas? - Quiere mugir ante cerrojos y candados. - (...) Me tropiezo comiendo el aire muerto. - y, febriles, levantan el vuelo los grajos. - (...) Y yo les sigo y grito, sofocado. - hacia cualquier cajón helado de madera: - ¡Dadme un lector! ¡un consejero! - ¡un médico! - ¡Una charla en la espinosa escalera!

En fin, participamos de su pasión por la conducta de calidad ética y por la congruencia, por el ejercicio del libre albedrío, como en el poema que le acarrió la desgracia y la muerte:

Si nuestros enemigos me aprehendieran, - y la gente dejara de hablarme; - si me privaran de todas las cosas del mundo: - del derecho a respirar, a abrir las puertas, - a afirmar que el ser seguirá siendo - y que el pueblo, como juez, juzga; - si se atrevieran a tenerme como una fiera, - si tiraran mi comida al suelo - no me quedaría en silencio, no callaría mi pena. - No: he de trazar en el papel lo que soy

libre de trazar;

y que termina diciendo:

Stalin seguirá destruyendo la razón y la vida.

En el caso de Marina Tsvetáieva también es posible rescatar, ya que no juegos de fonemas, sí distribuciones, repeticiones, oposiciones que subrayan el sentido, amén de una singularidad fincada en la entonación, avisada por exclamaciones, paréntesis, comillas, interrogaciones, presencia de la segunda y la tercera personas gramaticales, y congruente con su tendencia a dialogizar el discurso lírico, al grado de desarrollarlo mediante la figura de la "sujeción", que enlaza preguntas y respuestas.

Por último, en la lectura de los poemas de Pasternak, además de las elecciones formales que coadyuvan al efecto de sentido hacia el que nos conduce el poeta, aparte de la multitud de experiencias sensoriales que convocan la intensidad de nuestra atención, presentimos la densidad, la polisemia, la dificultad que nos fue anunciada en la introducción, y sospechamos cuáles son las líneas donde fue necesaria, precisamente por eso, la traducción literal. Pero de que se han sorteado con éxito los temidos obstáculos, al lector no le cabe duda, cuando topa con pasajes de soberbia belleza que obliga a permanecer leyendo y relejando: "el pavimento estaba candente. - La frente de la calle era morena, - y el canto rodado miraba de rojo al cielo. - el viento, como barquero, remaba en los tilos"; y luego: "Prometiéndome tormenta, se movían - las cejas de los arbustos, - y el cielo se cuajaba, al caer - en un trozo de la homostática árnica." Y como conocemos el perfecto bilingüismo de la esforzada traductora, su notable dominio del español y su erudición en cuanto toca a la historia y a la teoría literarias, ni siquiera nos extraña que se recupere tanta substancia durante la lectura, junto con la sensación de íntima proximidad respecto de la vivencia comunicada por cada poema. ♦

*Contrapunto a cuatro voces en los caminos del aire.* Tatiana Bubnova. (Introducción, versiones, documentación complementaria y comentarios). Pequeña antología de cuatro poetas rusos: Anna Ajmátova, Osip Mandelstam, Boris Pasternak, Marina Tsvetáieva. México, Seminario de Poética del Instituto de Investigaciones Filológicas. UNAM, 1991.